

Las humanidades como pilares básicos de la educación

ESPERANZA AGUIRRE*

*L*as humanidades no son un lujo, un adorno ni una reliquia, sino, muy al contrario, constituyen un campo absolutamente indispensable del saber. Porque el objeto de su estudio es el hombre mismo: el hombre, con sus angustias y con sus ilusiones; el hombre como animal social; y el hombre, como animal histórico.

Ese es en último término el objeto de estudio de las Humanidades: el propio individuo, el clásico *conócete a ti mismo*, y sus relaciones con los hombres de su tiempo y con los que le precedieron en la historia.

* Ministra de Educación y Cultura.

Conocerse como hombre o como mujer que vive en sociedad y con otros hombres y mujeres, con los que comparte preocupaciones y proyectos, es una necesidad vital del género humano. Y como hombre que vive inmerso en una historia compartida de la que hereda problemas, y soluciones a esos problemas que han ido surgiendo a lo largo del tiempo.

No son, pues, las Humanidades, una acumulación de elementos pasados, algo así como una tienda de chamarilero o un centón de curiosidades escasamente útiles. Los conocimientos de la Filosofía, la Literatura, la Historia y las Lenguas Clásicas son pilares básicos de la educación de los individuos y de los pueblos más civilizados que progresan.

Las Humanidades constituyen, indiscutiblemente, una fuente valiosa de construcción de la personalidad, una reserva de pensamientos sobre el ser humano, su condición, sus luchas y su destino, expresada con frecuencia por genios excepcionales del lenguaje escrito o plástico, cuya validez ha superado las circunstancias de espacio y tiempo en que se produjeron.

La lectura de novelas inmortales, por ejemplo, ha ayudado, y no pocas veces, a conocerse mejor, a comprender con mayor acierto los conflictos íntimos y a entender mejor algunos de los problemas personales y emocionales.

Y premeditadamente cito la *novela*, que puede parecer algo menos serio y sesudo que el estudio de la Filosofía, la Historia y las Lenguas Clásicas. Conocer esos arquetipos que ha creado el genio humano a lo largo de la historia, como Don Quijote, Otelo, Don Juan o Fausto es conocer muchas de las claves de ese siempre inescrutable mundo que es el alma humana.

Si he citado modelos que encontramos en la actividad literaria, ¿qué decir de la reflexión filosófica? A nadie le puede caber la menor duda de que los valores y las ideas que componen la urdimbre del tejido intelectual del hombre occidental provienen de la fusión de dos colosales fuentes de pensamiento: la filosofía clásica y su fusión con la religión judeocristiana; sin olvidar la tradición jurídica que nos legó Roma.

Conceptos como libertad, democracia, derecho, tolerancia, derechos humanos, participación política, etc., que son ideas que nos rodean y a las que continuamente estamos refiriéndonos no pueden ser entendidas sin tener presente la obra de hombres como Sócrates, Aristóteles, Francisco de Vitoria, Popper o Hayek.

Vivir en el siglo casi XXI de espaldas a estos gigantes del pensamiento es vivir a ciegas. Y si me he referido a las Humanidades como un depósito de saberes que nos permiten conocernos mejor a nosotros mismos y comprender mejor nuestra condición de animales políticos, como decía Aristóteles, ¿qué se puede decir del papel que el estudio de la Historia debe representar en la formación del individuo?

El hombre es también un animal histórico, es un ser que nace inmerso en un tiempo y unas circunstancias heredadas de sus antepasados. Soy una convencida de que conocer la historia del país en que uno nace es un derecho del que nadie puede privar a los ciudadanos. Creo firmemente que todo español al nacer hereda un legado histórico y cultural que nadie puede arrebatarse y que el sistema educativo debe ponerle a su alcance.

De ahí el interés que tengo en devolver los estudios de Historia en la Enseñanza Secundaria al lugar que les corresponde.

La Historia, presente siempre en la vida humana, ha tenido y tiene problemas: unos internos, de método, que se discuten entre los profesionales; otros que interesan a todos, que se ventilan en los medios de comunicación e influyen en la política educativa.

Sólo desde el más profundo desconocimiento se puede tachar a la Historia de inútil almacén de antigüedades. Todo lo contrario, es una ciencia dinámica, incluso explosiva. Ahí reside su riesgo, en el peligro de manipulación; en la tendencia a convertirla en instrumento, en factor de proselitismo, en arma de combate.

Una de las más sutiles pero más letales formas de utilización política de la Historia reside precisamente en su supresión, en la eliminación progresiva de su presencia en los planes de estudios escolares. Desaparecidos o deformados los puntos de referencia históricos de los ciudadanos, estos se someten con mucha mayor facilidad a la manipulación y son menos libres.

Y esto, por desgracia, es lo que ha sucedido en nuestro país, y frente a lo cual el Gobierno está firmemente decidido a actuar.

Nos encontramos ante una cuestión que considero capital, y que no es en modo alguno exclusiva de nuestro país. Fenómenos similares se han producido en otros países, que sin embargo han sabido reaccionar a tiempo.

En Gran Bretaña, el debate se saldó con la consideración de que la enseñanza de la Historia era un derecho cívico inalienable. En Francia, el propio Presidente de la República zanjó la cuestión advirtiendo que todos los escolares franceses debían finalizar sus estudios sabiendo quién era Godofredo de Bouillon.

En España, por desgracia, aún no se ha producido esa reacción frente al asombroso arrinconamiento de la enseñanza de la Historia en los planes de estudio. La Historia no figura como tal en las enseñanzas que reciben nuestros escolares; menos aún la Historia de España. En la Enseñanza Primaria queda anexionada a otras materias en una curiosa amalgama denominada “Conocimiento del medio natural, social y cultural”. En la Enseñanza Secundaria Obligatoria aparece bajo el epígrafe de “Ciencias Sociales”, que incluye además de la Historia a materias tan heterogéneas como la Geografía, la Sociología, la Antropología, la Economía y aun la Ecología.

Pero lo más grave —sin que el delirante léxico pedagógico al uso sea cosa de poca importancia—, es la escasez de contenidos históricos en las enseñanzas que reciben nuestros escolares. Un alumno puede atravesar por entero sus diez años de escolarización obligatoria sin escuchar ni una sola vez una lección sobre Julio César, el Descubrimiento de América o sobre Felipe II. Este planteamiento se ha puesto en práctica de espaldas a los propios profesores de Historia, que deben hoy comprender con su lucidez y buen criterio las lagunas de los planes de estudio oficial.

En la enseñanza obligatoria, la historia se ha reducido a un somero estudio de la Edad Contemporánea, por no decir lisa y llanamente del Mundo actual.

Las Humanidades vienen soportando en los últimos decenios un proceso creciente de abandono y olvido, cuando no son el blanco de agresivos prejuicios. Se las ha situado en dicotomías de falso antagonismo, e invariablemente en el lado desechable, accesorio; en el lado del perdedor. Se ha contrapuesto la relevancia de lo *popular*, por ejemplo, al carácter presuntamente caduco de la cultura refinada, *elitista*, cuando ésta se nutre precisamente de lo popular, desde Chaucer o Cervantes a Bártok, Pla, García Lorca o Falla. También se desprecia la herencia *clásica* u occidental para mejor exaltar lo *oriental* y sus riquezas. Sin embargo, ¿no es nuestra cultura “occidental”, desde su comienzo, un perpetuo proceso de mestizaje, con la mitología pagana y la herencia judía en la raíz misma del Occidente cristiano, y con la espiritualidad musulmana entreverada en la “Comedia” de Dante?

Otro falso antagonismo es el de los saberes y patrimonios del pasado, como un lastre paralizante, un peso muerto y rígido, frente a lo vivo o contemporáneo. Pero Georges Balandier, prestigioso sociólogo de la Sorbona, nos recuerda que los más grandes creadores culturales han sido los que no hablan en el lenguaje que la sociedad quiere oír, sino que la muestran tal y como es, derribando la complacencia en que ella se atrinchera, o bien expresan de forma ponderosa aspiraciones y exigencias que la sociedad no podía o no quería formularse por sí misma. Estos grandes artistas o escritores han mantenido un diálogo con el poder y con sus conciudadanos; un diálogo crítico, desasosegante, incluso cuando toma formas llamadas clásicas. De ahí el carácter vivo que mantienen sus obras para el que se acerca a ellas con auténtico interés, a pesar del tiempo transcurrido desde su creación. Las humanidades no se retienen con la memoria, sino que se penetran y se viven con el entendimiento.

Este proceso es necesariamente activo, y es siempre una elección personal. En otras palabras, todo lo contrario del consumo impersonal y pasivo al que tiende sin cesar la trivialización de la cultura.

El papel de las instituciones educativas (Escuelas, Institutos, Universidades) como viveros del saber, en relación con lo expuesto, es evidentemente crucial. Como ha señalado repetidas veces el Consejo de Europa, el objetivo de toda política educativa y cultural es el individuo, el ciudadano corriente. La acción educativa será irrelevante si no le ayuda a adueñarse de su propio entorno, desde los centros de investigación hasta la televisión y otros medios de comunicación. Si no le ayuda a adquirir un espíritu crítico, resistente a las manipulaciones, y a aumentar su calidad de vida sea cual sea su capacidad económica.

Una política educativa y cultural es eficaz cuando permite al ciudadano de a pie revalorizar el carácter único de su personalidad, dentro de una sociedad que tiende sin cesar a anularle, a empujarle al anonimato o a la impotencia. Las instituciones nacidas de la propia sociedad pueden necesitar el apoyo del poder público para acrecentar y conservar, en beneficio del ciudadano, ese acervo de Humanidades cuya utilidad se mide en valor y no en precio.

Esto nos lleva a otra falsa dicotomía, probablemente la que más daño ha hecho, y que ya señaló C.P. Snow en clarividentes estudios. Se trata del absurdo y estéril reduccionismo de *Ciencias* contra *Letras*. Sin entrar ahora en el empobrecimiento mutuo que acarrea, hay que señalar que

dicha postura parte de un falso planteamiento. No es el campo u objeto del conocimiento lo que le da carácter científico, sino el método y rigor con que se adquiere o expone. Unos datos o hechos mal analizados o mal manejados no darán resultados científicos, aunque se refieran al ámbito llamado científico, sino que llevarán a vulgarizaciones de efecto desastroso.

Pero en relación con el tema que nos ocupa, desde Einstein está superada la disociación entre las Ciencias de la naturaleza, cuyo objetivo sería “demostrar”, y las Ciencias del espíritu o Humanidades, encaminadas a “comprender”.

En suma, no podemos ni debemos olvidar la importancia de las Humanidades como parte irrenunciable de nuestra formación, ni relegar su estudio a un papel residual. En los Estados Unidos y otros países que han vivido una auténtica obsesión por la tecnología, hace ya tiempo que se propugna una vuelta a las Humanidades para lograr esos mismos niveles de eficacia y bienestar que nos incitaban a prescindir de ellas como si se tratasen de una rémora enojosa. Son los propios empresarios los que se preguntan, desconcertados, por qué sus jóvenes ejecutivos no son capaces de expresarse claramente o de desarrollar un programa lógico en sus tareas. Creo que el remedio lo tenemos ante nuestros ojos, si aprendemos a mirar y a pensar utilizando esas riquezas semi-olvidadas y más necesarias que nunca.

Gaspar Melchor de Jovellanos en su “Reglamento para el Colegio de Calatrava” nos ha dejado dicho: “El buen gusto, la buena y sana crítica, el exacto y preciso estilo de hablar y escribir, el discernimiento de las doctrinas y opiniones, el amor a los buenos libros y el hastío y horror a los malos, penden casi del todo del estudio de las Humanidades, base y fundamento de todos los demás”.

Soy una absoluta convencida de la importancia que el estudio de las Humanidades tiene. Porque los estudios humanísticos proporcionan las herramientas fundamentales para que el individuo se acerque a ese conocimiento de sí mismo que es la base de su equilibrio como persona. Porque la incorporación de un individuo a la sociedad se hace en nombre de unas ideas y conceptos que sólo en la Filosofía pueden estudiarse. Y porque el estudio de la Historia es la base en que se asienta la consideración de que el hombre está inmerso en una tradición irrenunciable.

En el primer año como Ministra de Educación y Cultura he planteado el reto político de recuperar inmediatamente el lugar que a las Humanidades les corresponde en los planes de estudios. La sociedad ha entendido el mensaje y ha dado una respuesta positiva. Por ello, he convocado a catedráticos, profesores e instituciones para estudiar las reformas necesarias que potencien las enseñanzas de la Historia, de la Filosofía, de la Literatura y de las Lenguas Clásicas. Los especialistas ya han cumplido su cometido, un buen trabajo por el que cabe felicitarles. Ya sólo falta el trámite administrativo que, en los próximos meses, el Ministerio de Educación y Cultura impulsará para que las Humanidades sean pilares básicos de la Enseñanza en toda España.